Cuando las madres se van

Salvador Silva Padilla

A Sandy, por supuesto, y a Guille y a Luis Alberto. Pero, sobre todo, a Luis Martín Salvador Juan Carlos Raúl y anexas. Si ellos no saben por qué, yo menos.

Primera parte

I

Hay ocasiones en que es pertinente preguntarse si el universo en su conjunto —esto es, la Vía Láctea, la nebulosa de Andrómeda, el segundo anillo de Saturno, cada una de las lunas de Júpiter, todas las enanas blancas (¡oh!, sobre todo las enanas blancas), los agujeros negros, las gigantes amarillas, los elefantes rosas, el Big Bang verde, La Albarrada, Alfa Centauro, nuestros descendientes, las siete esquinas, CIAPACOV, CFE, y hasta los virus de la gripa— no forma parte de una confabulación intergaláctica en contra de uno. Para quien crea que exagero me permito describir puntual y objetivamente una historia verdadera: la mía.

II

Al principio era el caos...
(Pero, menos mal, luego se puso peor.)

Mis amigos me veían con cierta envidia, me comentaban en voz baja y mirada cómplice ¿así que vas a vivir toda una semana de feliz soltería?

Lo cierto es que el domingo pasado Sandy fue a la ciudad de México y nos dejó en la más terrible de las orfandades a Tardanza, a Cuchifleta y a un servidor.

Tardanza, ante la triste perspectiva de convertirme en su papá y mamá al mismo tiempo, decidió emigrar y adoptó a su tía Chuyita como mamá postiza. Cuchufleta, no obstante lo pequeña que aún es —seis meses de edad—, y a pesar de la gripa que le afloró en cuanto su mamá partió al D.F., resultó más madura y apegada al padre. Así, decidió quedarse conmigo y afrontar con verdadero estoicismo y amor filial todas las consecuencias por terribles que pudieran ser. (En verdad doña Mago fue quien decidió hospedarse en la casa para poner un dique al caos y así cuidar y preservar a su bisnieta de cualquier cosa, sobre todo de los cuidados paternos.)

El lunes salgo a una entrevista y de regreso a la oficina me comenta Lore:

—Señor, le hablaron de la guardería, que Tardanza volvió el estómago y que si puede pasar por ella.

Abro la boca, todavía no sé si para maldecir o implorar al cielo, pero no alcanzo a decir nada, pues Lore, con precisión quirúrgica, continúa.

—También le hablaron de su casa, que la lavadora se está incendiando.

Por toda respuesta cerré la boca y salí corriendo. En el camino dudé a dónde ir primero, si apagar a Tardanza o llevar a la lavadora con el médico. Resolví ir con la lavadora —en ese momento no sabía si para darle los primeros auxilios o los últimos sacramentos—, pero supuse que debía apurarme si quería

♦♦♦

ver aún con vida a nuestra querida, servicial, bajita y blanca *Hoover*, con capacidad de cinco kilos.

Cuando llegué sólo encontré el exangüe cadáver de la lavadora que lanzaba las últimas bocanadas de humo. Intenté reanimarla o al menos rebobinarla, pero ya todo estaba consumado y consumido por el fuego.

Con entereza de carácter, propia de un espartano o de quien no sabe cómo funcionan las lavadoras, sólo atiné a decir: "Ni modo. ¿Y ora?" Podría haber continuando filosofando en torno a la futilidad de la vida, la efímera primavera de los aparatos electrodomésticos —"son brisa fresca de la madrugada, frágiles quincenas que, como las golondrinas, llegan y se van. Son apenas flor de un día, un suspiro y un adiós"— (agradezco a Corín Tellado y a Los Bukis estos hermosos y originalísimos pensamientos que sólo pueden referirse a una fiel lavadora), pero interrumpí mis cavilaciones al recordar a Tardanza. Así que agarré una cubeta, la llené de agua y presto partí a la estancia infantil.

Llegué a la guardería y Tardanza me esperaba como si fuera la dama de las camelias cinco minutos antes de morir. La abracé, la llevé a la casa, recogí a Cuchufleta, a doña Mago y todos fuimos a ver al doctor.



En cuanto la secretaria nos vio entrar se apiadó del triste cuadro y nos condujo al consultorio del doctor Tintos.

Llego, le explico al galeno qué es lo que creo que tienen, me hace una serie de preguntas, respondo de la mejor manera posible, es decir con el más sublime de los silencios; les receta no sé qué medicina homeopática, se las toman, y... bueno, al final salimos reconfortados —al menos doña Mago y yo. No sé si Tardanza y Cuchufleta se repusieron, pero yo salí tranquilo y feliz, viendo la luz al final del túnel. (Tan feliz y tranquilo salí que ahora que escribo estas líneas recuerdo que aún no he pagado la consulta.)

Como siempre sucede, Tardanza, en cuanto salimos del consultorio, por arte de magia y de los chochitos, ya había recuperado su frescura y lozanía: es decir empezó a dar más guerra que un palestino dentro de una sinagoga. Pero al rato pude deshacerme de ella —más bien fue al revés— y se fue a vivir el resto de la semana con sus tíos Enrique y Chuy.

III

La abnegación de una madre o mal empieza la semana a quien ahorcan el lunes.

El resto del día lo pasé en la oficina. En la noche regreso a la casa y justo cuando me apresto a dormir, Cuchufleta está dando un concierto a todo pulmón. Si la cargo, llora; si la acuesto, llora; resuelvo hablar muy seriamente con ella e intento convencerla: primero a través de la confianza: "Cuéntame tus penas o al menos dime qué o dónde te duele; no te dejes impresionar, puedes dirigirte con confianza a tu padre. Incluso —la aliento— te puedes dirigir a mí con familiaridad, háblame de tú".

Al no obtener respuesta, o mejor dicho su respuesta seguía siendo el llanto torrencial, continúo: "Si crees que esto duele —lo sentencio— espérate a padecer un dolor de muelas cualquier sábado por la noche".

Y ella llora que llora.

Saco cartulinas, muestro gráficas y realizo un diagnóstico técnico:

—Lo que sientes —dictamino con la fina sensibilidad que caracterizaría a un recaudador de impuestos— sólo es un mito genial; ya revisé las estadísticas y sucede que tú crees que algo te duele, pero en realidad es un error de percepción. No existe ningún indicador confiable, registrado empíricamente y avalado por el Banco de México, de tu dolor. En todo caso debes aceptar que ese supuesto malestar es fu-

♦♦♦

gaz como burbuja inflacionaria y que definitivamente va a la baja. En pocas palabras, lo peor ya pasó y estamos listos para alcanzar un crecimiento alto y sostenido.

En efecto, la impresioné pero no la convencí. Luego de un minuto de desconcierto continuó con su cántico nocturno.

Otro desesperado recurso:

—Mira —le advierto—, había una vez un señor que era muy poderoso, estadista de primera y ecuánime como pocos: se llamaba Herodes, santo e incomprendido patrono de las causas justas. Bien, pues este seráfico varón por mucho menos de lo que estás haciendo en estos momentos mandó directo y sin escalas desde Judea hasta el cielo a todos los niños menores de tres años que se encontró.

Cuchufleta, fiel representante de la juventud perdida, desorientada, atea y fanática de Cristina (no dudo que dentro de tres meses decida participar en el concurso de camiseta y pañal mojados organizado por alguna tienda de ropa infantil de las que pululan en esta antes sacrosanta ciudad), manda por un tubo mi moral argumento.

Un último recurso:

—No es nada personal —le digo con voz apagada—, sólo es cuestión de negocios: o guardas silencio, la ley de la Omerta, o tú y tu familia la pasarán mal (esto es cierto, ya estaba sucediendo por obra y gracia de sus berridos). Además, —sentencié—, piénsalo... así te harán tus hijos...

En vista del ruidoso fracaso obtenido, resuelvo, a las doce de la noche, hablarle a Noemí, mi hermana —la mejor pediatra que conozco: además me da consultas gratuitas por teléfono, acepta llamadas por cobrar y, lo mejor de todo, es que nunca falla. Le cuento que Cuchu, su ahijada, no puede dormir y que sospecho que siente alguna molestia. Ella —me refiero a Noemí mi hermana, porque como recordarán, ya apunté que Cuchufleta me guarda un respeto filial y no se atreve a dirigirme la palabra— me pregunta que si le duele la pierna, el oído medio, el equinoccio izquierdo o el lóbulo parietal derecho. Por toda respuesta le paso el teléfono a Cuchufleta para que le platique a su tía cómo se siente. Después de treinta segundos de gritarle al auricular retomo la llamada. La doctora sabiamente indica: "Cómprale Baralgina, dale tres gotas por cada kilogramo".

Salgo a la farmacia a comprar la medicina. En cuanto llego a la Felipe Sevilla del Río recuerdo que no llevo dinero y que Sandy se llevó la tarjeta. Se me prende el foco y voy con Memo a La Medusa. Le sableo cincuenta pesos —cantidad que, ahora recuerdo, todavía tampoco pago— y reanudo el viaje. Llego a una farmacia, está cerrada; acudo a otra y no hay. Otra más y ni conocen la medicina. Un postrer esfuerzo y llego a la farmacia San Felipe: toco la ventanilla, una señora muy atenta me abre. Le pregunto si tiene Baralgina y me contesta, ya lo sabía yo, que sólo en supositorios. Vencido ante la adversidad doy media vuelta. Justo antes de retirarme —estoy seguro que influyó la expresión de derrota que puse (la misma que pondría un ornitorrinco con pecas en medio de la San Fernando)— la señora me detiene y comenta: "Espere, voy a ver si hay en el dispensario. Al poco tiempo regresa y me entrega el preciado elíxir".

—¿Cuánto le debo? —musito pletórico de emoción:

—Nada —responde, y con piedad propia de un monje tibetano me da con la ventanilla en la nariz.

El resto de la historia es fácil de predecir: llegué con Cuchufleta, le pregunté que cuál era su peso. Craso error: a una mujer jamás debe preguntársele ni su edad ni su peso. Al no obtener respuesta hago cálculos y planteo el problema: "Si yo peso ochenta kilos y tengo treinta y cuatro años, y Cuchufleta tiene seis meses con veintidós días y seis horas, ¿cuántas gotas le debo suministrar?" La respuesta fue sencilla: la mitad del gotero. (Antes que algún matemático me reclame, permítaseme recalcar que apunté que la respuesta fue sencilla, jamás dije que fuera la correcta.)

Más tardé en hacer cálculos y en darle el brebaje que ella en devolverlo. Ante esta situación mi ignorancia surgió: ¿cuántas gotas se había pasado?, ¿cuántas fueron devueltas?, ¿cuántas se quedarían pegadas en la pared del esófago? Ante esto, la duda me invadió, ya no le di más Baralgina y Cuchufleta siguió llorando toda la noche. Y eso apenas fue el primer día.

Segunda parte

IV

El martes, ni te cases ni te embarques.

Apenas narré los prolegómenos de los terribles avatares por los que atraviesa un padre de familia promedio, por ejemplo el que esto escribe, cuando lo dejan a cargo de una casa y dos hijas dándole de comer tres veces al día —me refiero a las hijas, porque la casa está a dieta— durante siete días. Ahora me permitiré narrar lo que aconteció el día siguiente.

V

Todo a media luz.

Luego de dar clase —estoy seguro que ese martes lo único que di fue lástima—, Vero me habla y me dice que se fue la luz y que no hay agua. Maldigo, por una parte, a Laguna Verde y a la Comisión Federal de Electricidad, y por otro, a la CIAPACOV y a todos los colectores de Colima.

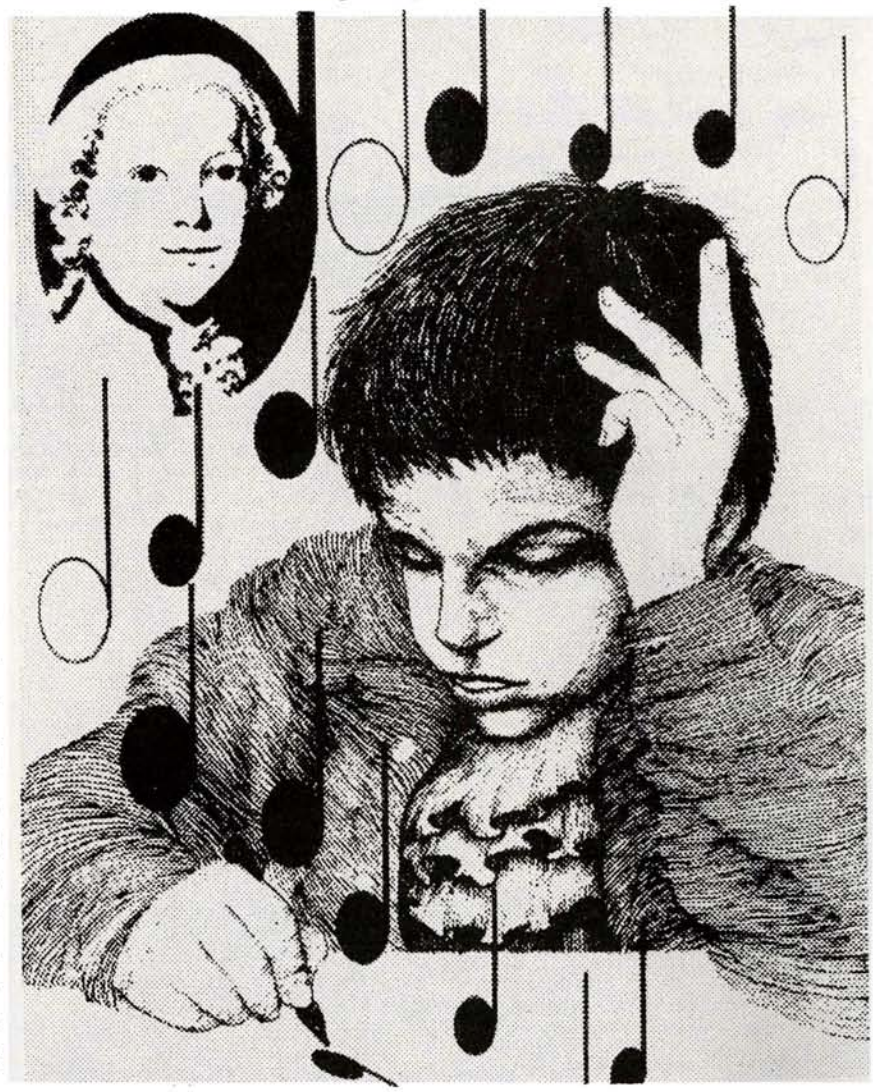
Mis conocimientos en electricidad se reducen a cambiar fusibles, así que fui a las tiendas a buscarlos. Antes fui advertido por Vero de que lo más seguro es que fuera un corto circuito, el mismo que había ejecutado la lavadora y que no era necesario comprar los fusibles completos, sino que sólo comprara las "lainas" (nombre técnico de lo que el habla popular denomina vulgarmente como filamentos).

Aquí permítaseme un amplio paréntesis:

Hasta donde alcanzo a entender, las lainas son a los fusibles lo que la esencia al ser: según recuerdo a los clásicos, la esencia es lo que hace que un ser sea lo que es y sin lo cual no sería. Esta situación guarda el mismo paralelismo al célebre aforismo sobre el obispo de Constantinopla al que van a desconstantinopolizar y que quien lo desconstantinopolice será un gran desconstantinopolizador. Así las lainas hacen al fusible ser fusible: sin éstas, aquéllos pueden ser usados como soldaditos de cobre, como pequeños pisapapeles, pueden lanzarse a la cabeza de algún transeúnte... en fin, pueden servir para cualquier cosa, excepto para que haya luz en casa.

Cuando le comenté a un amigo—en una muy edificante tertulia— la teoría de las lainas, la sustancia, la esencia y el ser, me respondió que un servidor no sabía nada de electricidad y me explicó que las lainas son algo así como los hijos de los fusibles, pues éstos —cuando se embarazan— los guardan en su seno y, gracias a las lainas, los fusibles pueden dar a luz. Cuando me lo explicó, bajo la viva luminosidad de las cubas, todo fue clarísimo, ahora debo confesar que no me lo parece tanto. De cualquier modo, con este par de explicaciones uno queda convencido de que la electricidad es una ciencia mucho más fascinante y atractiva que andar uniendo cables azules y rojos con los de su color o saber dónde quedan los polos positivo y negativo. Fin del paréntesis.

Volviendo al tema de la búsqueda de los fusibles, fui a una tienda y no había; en otra me dijeron que en la tarde los iban a surtir, pero que lo que sí tenían era bolillo —por supuesto no era cosa de desperdiciar la oportunidad y compré tres tiras— y fui a otro tendajón. Allí me vendieron cuatro velas y una lata de chícharos dulces —a los que por cierto detesto, pero es que estaban en oferta. En la cuarta me dijeron que lo que me podían vender eran los fusibles enteros, siempre y cuando además comprara azúcar. Como no era cosa de extraer la esencia a los fusibles o, mucho peor, hacerlos abortar, los compré con todo y todo. Llegué a la casa y luego de dos intentos y un shock eléctrico, pude, por fin, que en la casa hubiera luz.



VI

Agua que no has de beber.

Más tarde llega el señor de la pipa a la casa. Es una persona muy atenta —tiene cara de llamarse Juan— y ya somos viejos conocidos. Ha ido a ayudarnos en forma por demás solícita no menos de diez ocasiones. Algo de lo que debo agradecer al CIAPACOV y al acueducto de Zacualpan es haberlo conocido. El señor que tiene cara de Juan ha ido a mi casa en más ocasiones que mis hermanos, el cartero o mi tía, por ejemplo. Ya es casi de la familia.

En cuanto lo vi pensé que mis sufrimientos y penurias eran cosa del pasado. Nada más falso: intenté levantar la tapa del aljibe, basado en mi portentosa fuerza muscular, sin éxito alguno. Juan intentó lo propio y nada. Recurrí a una barra sin lograr que se moviera un ápice; lo intentó el señor y tampoco.

Pensé en volar la tapa del aljibe —por un momento me hubiera gustado volarle la tapa de los sesos al señor CIAPACOV o de perdida al constructor—, pero afrontaba dos problemas técnicos: no poseo ninguna arma de calibre suficiente y ni Mr. CIAPA ni el constructor se encontraban presentes. Total, luego de dos horas, a golpe de barra, destruimos la tapa del aljibe y pudimos echar el agua.

Luego se hizo necesario cargar la bomba del agua. No sé cómo funcionen otras, pero la de la casa es una bomba inteligente: esto es, finge no funcionar hasta que el que intenta echarla a andar se descuida y entonces se pone en marcha como si en ello le fuera la vida —a la bomba, *of course*— con los consecuentes y húmedos resultados. Total, como era de preverse, me empapé hasta los huesos, entre los que vale destacar la tibia, fémur, peroné y el occipucio.

Luego estaba el problema de qué hacer con el agujero del aljibe. Para no hacer más largo el recuerdo de mi sufrimiento, señalaré que don Juan ofreció, previo arreglo económico, en colocar una tapa de fierro y asunto arreglado.

El santo Job, por la mitad de lo que yo había sufrido, ya se había ganado la gloria eterna. Así que decidí emborracharme y permanecer en ese edificante estado el resto de la semana hasta que llegara Sandy. No crean que sólo me dediqué a beber, intercalé la dieta elítica con deliciosas tortas de chícharos con azúcar, bajo la romántica luz de las velas.♦

